

Nadie podía imaginar cómo iba a terminar la tarde, tampoco me importaba, menos intuir lo que sucedió después, cuando la noche se empezó a meter en los patios de la escuela y los puestos de comida, rifas, juegos, loterías brillaron con el contraste de la oscuridad, y lo que al inicio era una kermés tristona se fue convirtiendo en un rayado de confeti, luces, serpentinas, con las chicas luciendo la figura, la música por los altavoces diseminados en el enorme patio, y nosotros, el Chícharo, Gonzalo el Coyotito y Miguel Ángel el Coyotote, así conocidos por ser uno más alto que el otro, y claro, yo, entramos de lleno al rejuego de la fiesta tratando de divertirnos.

Confieso que yo andaba con la inquietud de lo dicho por el Aracuán, creo que mis amigos también porque cada uno a su estilo lo confesó mientras caminábamos con la ilusión de ir a la kermés, a jugar en los puestos de la lotería y tiro al blanco, comer palomitas y crepas de mermelada, a mirar a las chicas que hacían sentir su presencia en los patios de una escuela donde estudiaban, y se daba la tradicional, así lo anunciaban los letreros repartidos en toda la Colonia de la Vaguada, la tradicional kermés del Colegio Teresita del Niño Jesús y ahí estábamos nosotros después de que por varios días, con reiteración, planeamos la asistencia desde que saboreamos la noticia que nos dio Beto el de la pandilla de los Aracuanes.

Ninguno de los cuatro había asistido a un festejo del Colegio Teresita y lelos escuchábamos las historias que los de la pandilla conocida como los Aracuanes contaban llenos de risa y miraditas cachondas:

—Las chicas de la escuela tienen lugares secretos donde se besan y se manosean con los que a ellas les gustan, es cosa de tener paciencia y saber cómo llegarles —dijo Beto Roca, el más lebrón de los Aracuanes.

Nosotros, pese a las dudas, no le preguntamos más de lo que él quiso decir, nos citamos en la casa del Coyotito, y a pie y robándonos la palabra, llegamos al lugar de la fiesta, cubrimos lo del boleto de entrada, cambiamos dinero en efectivo por unos vales controlados por las monjas, única forma de pago en las decenas de puestos, y nos dimos a recorrer los patios buscando una mirada, un detalle, algo que descubriera los sitios en que, según Beto, ya oscurecida la noche, las muchachas del Teresita regalaban besos y caricias a los que ellas habían elegido:

—El chiste es aprovecharse sin entrarle de noviecitos con niñas que nos van a obligar a ir a misa todos los domingos, el faje es lo primero de lo primero, ya después le buscando la salida al asunto —aseguramos con fuerza grupal, menos Gonzalo el Coyotito, que buscaba una novia adinerada que lo pusiera donde él creía merecer.

—Las niñas de pocos recursos buscan casamiento con alguien que supla sus carencias económicas —decía con aire doctoral mientras colocaba en su sitio el mechón de cabello lacio que se le colaba sobre los ojos.

Los acontecimientos cruzan y dejan sus huellas como cintarazos, ahora lo sé, pero en aquel momento, estoy seguro, ninguno de los cuatro tenía idea de lo que se iría dando mientras buscábamos esa clave regalada por Beto el Aracuán sin a bien entender de qué manera se proclamaba el encuentro, de qué forma las muchachas del Teresita se las arreglaban para escoger a los que después, en las tinieblas de las mazmorras que las monjas utilizaban para castigar a las disidentes, eran trasmutados en objetos de placer.

—Imagínate a este gallo pisando pichoncitos frescos —decía y redecía el Chícharo, que no dejaba de ver a todas las muchachas buscando esa clave que ninguno, después lo diríamos, entendió de qué manera se daba.

El Coyotote aseguró que el Aracuán era un mentiroso, si las chicas anduvieran como grano buscando pico, ellos, los aracuanes, también estarían aquí, y por lo menos en las casi dos horas que andábamos girando en la kermés, Miguel Ángel no había visto a ninguno de los cabrones aracuanes.

—Les tienes tirria, pinche Coyote —marcó Gonzalo, el Coyotito; utilizó un desagradable tono de voz, aún lo recuerdo, lo dijo con mala leche sabiendo que en el último carnaval del barrio unos aracuanes que estaban bien pedos le dieron de madrazos al Coyotote Miguel Ángel, que con todo y lo bueno que era para las trompadas lo sacaron del baile del Bugambilia a base de patadas y ganchos en la panza, y si no lo tundieron más fue por la intervención de Bruno, que desde entonces ya pintaba como hábil mediador y negociante.

—No se te olvida la madriza que te dieron, ¿verdad Miguel Ángel? —insistió Gonzalo con esa terquedad que a muchos sacaba de quicio.

—Yo nomás digo lo que estoy viendo, ya parece que unas chavas así —y al decir así con el dedo señaló a indeterminados grupos de chicas— van a estar buscando porque cuando en el almacén tienen municiones de sobra.

Nosotros, tercos en que al Coyotote a la hora de la verdad le sale lo pesimista, apenas llevábamos menos de tres horas y la noche no estaba aún pesada,

—Pinche Coyotote, tú todo lo quieres peladito y en la boca,

—Cabrones tan mensos, ya parece que el pinche Beto va a ser tan comunicativo con sus secretos, ni madres, nos está tendiendo un engaño y ahí están ustedes con el

hocico tras las babas de la trampa,

—Y por qué no lo dijiste antes,

—Porque no tiene caso alegar con una bola de calientes, mejor vamos a tragar y a gastarnos la lana, ya parece que estas pinches niñas se van meter a la boca del lobo,

—Del coyote, cabrón —le dijo el otro coyote, el chico, que caminando como si tuviera los pies planos, arreglándose de continuo el copete, no dejaba pasar a ninguna chica sin antes mirarla y hacer alguna seña que él suponía pudieran ser la clave para ir a visitar las mazmorras —dijo, después de regresar del «Banco de la Ensoñación» donde cambió otro poco de su dinero por los vales que daban las monjas.

—Ni ha de haber mazmorras, ya parece que los papás van a permitir que a sus hijitas les den esa clase de tormentos —replicó Miguel Ángel, que se notaba iracundo y con ganas de largarse a su casa.

—Pinche Coyotote tan aguafiestas, si no crees, por lo menos no estés jodiendo —le contestó el Chícharo con la aprobación de los demás.

Yo recuerdo que lo aparté, alcé los ojos a la altura del Coyotote, le dije que no le pusiera trancas al camino, y él, como si no me hubiera oído, repitió que éramos unos pendejos; después bajó el tono de la voz, pegando su boca a mi oreja me dijo que lo mejor era dedicarnos a conseguir otro asunto que estaba estudiando:

—Es sobresaliente en comparación a esta pendejada de los sótanos, más fácil y por lo que veo, a nadie se le ha ocurrido.

Le quise preguntar cuál era ese asunto tan interesante cuando Gonzalo, al parecer fingiendo frialdad de jugador de póquer, interrumpió para decir que estaba seguro, seguro, de que una chica le había hecho una seña.

—Eran tres muchachas, se fueron rumbo a la tómbola, ahorita las localizo.

Años después, mi amigo, aún tengo en la mente la sensación en el estómago de cuando el Coyotito aseguró que lo dicho por el Aracuán era verdad, no había otra explicación.

—Óiganme cabrones, las tres chicas se detuvieron, ¿no?, una hizo la seña, ¿no?, no le veo la duda.

—¿Cuál seña hizo? —demandamos. El Coyotito no aclaró las preguntas que le brincaban desde los demás.

—Se fijaron en nosotros, una me hizo una señal, clarito lo vi, ésa es una línea a seguir,

¿o no? —Gonzalo estaba seguro, se trataba del primer indicio de que las mazmorras nos esperaban con todo y las caricias de esas niñas tan risueñas, tan ganosas de estar con unos cuates como nosotros.

—Pendejos —dijo el Coyotote—, son tres ¿verdad?, claro, a mí me quieren dejar afuera, ¿verdad?

—¿No decías que eran puras mentiras de Beto el Aracuán? aquí gana el que trague más pinole, manito —le dije dejando de lado el asunto que él aseguraba ser mejor y más fácil, y que con seguridad, de insistirle, el Coyotote me hubiera confesado porque se le notaban las ganas de meter otro rollo al propósito de las chicas y sus deslices en los sótanos de la escuela, pero nada dije en relación a esa otra cuestión porque pronto se me escapó, atento a seguir el juego de las señales.

Hasta ese momento, mi amigo, ninguno, incluyendo al Coyotote, había preguntado dónde estarían ubicados los sótanos, las mazmorras como las calificara Beto el de la palomilla de los Aracuanes, pero eso era lo de menos, no importaba saber el sitio que las muchachas deberían conocer no sólo la ubicación sino los atajos para introducirnos a esos lugares; lo importante en aquel preciso momento era localizar a las tres muchachas, muy bonitas según Gonzalo, y que él aseguraba estaban ya dispuestas a conducirnos a esos parajes oscuros, porque cualquiera está enterado de que todos los calabozos en el mundo son oscuros, y éstos no tenían porque romper esa regla.

De inmediato, en una conspiración instaurada a tenor de los acontecimientos, le dimos la batuta al Coyotito para que encabezara la expedición en busca de las tres porque el único testigo del ya aceptado mensaje en clave era él.

No tenía caso seguir esperando a otras muchachas si ya las tres dieron la pauta y seguir las era vital para llegar a la meta; yo imaginaba una oscuridad llena de quejidos, las manos metidas bajo las faldas, los labios prendidos de los labios, y usé la palma como recipiente para soplar y oler mi aliento; la inquietud estaba bajo el pantalón que me acaricié como un abono a las inminentes tibiezas.

El Coyotote, refunfuñando, caminó atrás de nosotros. Su actitud mostraba indiferencia por la búsqueda, pero todos sabíamos que eso no era cierto, se dio a mirar los boletos que canjeaban las monjas por dinero, los revisó letra a letra, sello a sello, en algunos puestos compró esquites, con unos fusiles jugó tiro al blanco, entró a una rifa contrariando nuestros apremios de: pinche Miguel Ángel, nomás la estás haciendo cansada y él señalando: la prisa no es buena consejera, lo mejor es fingir paciencia aunque en realidad la calentura nos estuviera llenando de visiones:

—Será a ustedes, cabrones —sentenció de inmediato.

Por la pura actitud de Gonzalo supimos que las había localizado, alzó el cuerpo y el

mechón de cabello, marcó una sonrisita prepotente, conquistador de película, yanqui, no de mexicanita; sin perderlas de vista dijo que esas de junto al puesto de los casamientos, ¿las ven?, eran las tres de las señas,

—¿Seguro, pinche Coyotito?, si sales con una jalada no te la vas a acabar.

—Seguro, como que me llamo como me llamo, son ellas, no hay duda.

El Coyotote y yo nos quedamos en segunda fila, adelante, encargados del aproche, el Coyotito y el Chícharo fueron quienes primero rondaron a las presas, al parecer entretenidas en mirar cómo los demás chicos y chicas terminaban matrimoniados después de entregar el dinero en bonos monjiles, fingir una ceremonia, recibir un anillo de latón y un certificado de que la kermés del Santa Teresita declaraba marido y mujer a la chica tal y al chico retal, para de inmediato los recién casados, orgullosos, caminar unos segundos del brazo y casi siempre con eso terminar la boda; las juezas, por medio de los altavoces, seguían animando a la concurrencia a que se casara en el puesto dedicado para tal fin, y nosotros, atrás de los dos escauts, seguíamos las maniobras de los casamientos y el lento avance del Coyotito, a quien por fin le oímos la voz y en seguida las chicas contestaron amables, podríamos decir que hasta afectuosas.

Señas secretas, celdas escondidas, besos sin ganancia.

—Ya parece —susurró Miguel Ángel a un lado de la rueda de cinco.

Nuestros dos amigos junto a las tres muchachas; ellos hablando y nosotros, el Coyote y yo, esperando:

¿De qué manera el Coyotito va a decir que estos que ven aquí están enterados de los actos que se realizan en las mazmorras?, pensé en aquel momento y lo sigo pensando hoy, ¿de qué manera se le puede decir a alguien, hombre o mujer, que uno conoce los secretos que ocultan parte de su actuación ante la vida?, pensé en aquel momento y lo sigo pensando hoy.

En aquel momento yo buscaba algún lance verbal que fuera el mismo o parecido al que el Coyotito utilizaría para tener éxito, y no supe cuál sería el apropiado, como no lo he sabido ni lo sabré porque ése es el verdadero secreto, los misterios existen por la permanencia que les da su propio estatus.

El caso es que el Chícharo dijo que yo, él y por supuesto Gonzalo, nos íbamos a casar con las tres chicas. Que me hayan seleccionado a mí fue una sorpresa que me causó la nerviolera que no me abandonó ni siquiera cuando horas después me gané el oso de peluche.

Pero bueno, eso sería más tarde, no debo ni quiero adelantar los acontecimientos, estábamos en que el Chicharo pronunció mi nombre como uno de los tres que se casarían con las chicas.

¿Eso sería el inicio del conjunto de claves que nos llevaría a los hasta entonces ansiados y desconocidos sótanos?

Por supuesto que en aquel momento no lo supe, pero no dejé de tenerlo en mente.

El Coyotote Miguel Ángel marcó ese gesto que utiliza cuando se siente molesto, un torcer de boca que deja ver la parte interior de los labios, al parejo del gesto se hizo a un lado de la fila de los que esperábamos para ser matrimoniados por las señoritas juezas: unas chicas risueñas, llenas de enjundia casamentera, vestidas con togas negras, alguna de ellas tocada con un mentiroso bigote sobre los labios pintados.

Mi futura esposa y yo juntos, sin tocarnos ni la punta de la ropa, aún no habíamos cruzado palabra, al parecer ella gozaba por mis nervios y yo no me atrevía a verla de frente, pero conforme nos acercábamos a las jueces, ella:

—Margarita Rendón para servirte.

empezó a soltar la boca y yo a ser menos tímido, me dijo que sí, claro, era alumna del Santa Teresita, iba en tercero de secundaria, sí, claro, vivía en la Colonia de la Vaguada y no comprendía qué era eso de los sótanos que mencionó mi amigo el del copete, ella no sabía que la escuela tuviera mazmorras.

—¿Qué es eso de mazmorras? —preguntó con un aire que me enchinó la piel, no de gusto, sino por el temor de que, como asegurara el Coyotote, lo de Beto el Aracuán fuera una malorada propia de esos pandilleros.

A Margarita creo que ni le dije mi nombre, para qué, la verdadera acción la llevaban a cabo Gonzalo y el Chicharo, muy verbosos trataban de hacer chistes con sus cuasiesposas, que se quitaron el cuasi al firmar el acta matrimonial y mostrarla comopreciado tesoro.

Por mi parte, antes de leer el acta, le dije a Margarita Rendón que seríamos felices toda la vida en la kermés; la observé: rubia armoniosa y de manos largas, entonces me inventé un nombre para el acta matrimonial:

—Me llamo Arnoldo Gulvequian.

Ella preguntó: si mis papás eran extranjeros, ¿por qué yo era tan morenito?

El sol de la playa, pensé en decir cuando ella con el papel en la mano me dijo que

había sido un gusto ser mi esposa, que nos veríamos al rato, y se fue con sus otras amigas que tiraron las actas matrimoniales en un tacho de basura dejando a los amigos tan solos como el Coyotote y yo ya estábamos.

—No eran éstas —dijo Gonzalo el Coyotito—; estoy seguro de que eran otras —en nuestro amigo se notaba el deseo de salir bien librado de su equivocación.

—Entonces, ¿para qué anduvimos de ridículos? —Miguel Ángel hablaba antes de encender un cigarrillo, haciendo caso omiso de la prohibición de fumar en las instalaciones del Colegio Santa Teresita.

—Me vale madre, yo pagué mi entrada, que no fumen las que estudian en esta pinche escuela —el Coyotote, mostrando de nuevo los bellos, sacó los boletos cambiados por dinero para revisarlos como buscando alguna clave.

—Se llamaba Margarita —dije a la pregunta por los nombres de nuestras esposas, Elda era la del Chicharo y Gonzalo dijo que la suya se llama Carmen.

—Se llaman y no se llamaban, porque no se han muerto —rezongó el Coyotote mientras Gonzalo insistía: no eran ellas las de la clave. El Chicharo reaccionó: se puede dar el caso que lo fueran y alguno de nosotros, no él, les hubiera desagradado.

—Sobre todo el pinche Coyotote que es tan lépero —insistió el Chicharo, que no dejaba de ver para todos lados y por lo mismo fue quien descubrió a las tres «esposas» que regresaban; yo también las vi, eran las mismas pero en el rostro llevaban una actitud diferente; las mazmorras, orita nos hablan de las mazmorras.

—¿Tan pronto se van a divorciar de nosotras? —sin decir más, Carmen se colgó del brazo del Coyotote, quien mostró los labios y sacando el pecho dijo que todos debíamos hacer un recorrido general por esta maravillosa kermés.

Margarita preguntó por mi verdadero nombre, yo le contesté en voz alta para que los demás lo oyeran:

—Me llamo Arnoldo Gulvequian, deveras.

Qué Arnoldo ni qué Gulvequian, pero el nombre del millonario internacional me llamó la atención desde que vi su foto en un periódico; ninguno de los amigos desveló mi mentira.

Fuimos tras los otros con un Coyotito pelando los ojos sin entender qué había sucedido, por qué él ahora andaba sin pareja, sin su esposa, asombro que volvió a repetirse quizá media hora después, cuando ya Carmen y el Coyotote sin parar cuchicheaban con los labios manchados de mayonesa de los elotes, cargando algunos

regalos obtenidos en el tiro al blanco y en los pescaditos y canicas. De pronto, como si siguieran un plan definido durante esa media hora, dijeron que lo único que podía dar continuidad a la noche, a la que aún le faltaban horas para terminar, era que todos nos divirtiéramos a lo grande; por supuesto, aceptamos.

—Lo malo es que el dinero está a punto de terminarse —dijo Carmen y nosotros alzamos con resignación los hombros, después, la pareja se miró entre sí como dándose valor y Carmen fue la que de nuevo habló:

—Hay una manera.

—¿Cuál? —contestamos.

—Una forma de conseguir más.

—¿Cuál? —insistimos.

—Asaltar el banco —y se quedó callada.

—¿El qué? —sobresaltados, el Chicharo y el Coyotito preguntaron, yo nada dije porque en ese momento me di cuenta de que Margarita, durante esa misma media hora anterior, me lo había venido diciendo y yo nunca lo registré:

—Las monjas ganan mucho y nosotros ya estamos en ceros...

Yo escuchando en silencio, la chica siguió:

—Las monjas están confiadas en que nadie se atreve

Yo miraba a Margarita sin entender lo que entendí minutos después de que ella dijera:

—La pared de atrás del banco es de cartón.

Más o menos esas fueron las claves que me fue dando Margarita, cositas así que en este momento me cayeron de peso y mientras ella lo fue diciendo, yo ido, pensaba en que Margarita con cachondo cálculo mencionaba sitios para llegar al momento de hablar de los sótanos.

—¿Qué son mazmorras? —de nuevo repitió ella la pregunta que se fue perdiendo porque ahora eran otras las palabras que me complicaban la vida; el Coyotote, Carmen, Margarita y Elda, sentados sobre la protección de unos arriates, hablaban sobre la facilidad del asunto, marcaban los intrínquilis del plan, sencillo, nada de complicaciones, lo enredado siempre termina mal: dos de las chicas se harían parte de la fila para fingir que iban a cambiar dinero por los vales, mientras Carmen, que bien

conoce la escuela, no en vano lleva aquí desde primaria, a una seña de Gonzalo, que a su vez estará mirando a las dos de la hilera, bajaría el switch de la luz y en esos segundos, Coyotote, Chícharo y yo romperíamos la pared de atrás, que es de cartón, y a manos llenas nos hincharíamos los bolsillos.

—Tenemos de treinta a cuarenta segundos, ni un segundo más, si nos pasamos nos agarran, ¿entienden? —dijo el Coyotote, que para ese momento ya parecía experto en el manejo de la feria; el Chícharo preguntó si después sería conveniente refugiarnos en los sótanos, las chicas lo miraron sin expresar algo.

—La huida debe ser con mucha calma, recuerden, estaremos en un apagón; al terminar, la cita es en el puesto de los matrimonios, a un lado hay un árbol grande y unas bancas, de ahí ya veremos como damos los siguientes pasos —dijo Carmen con una voz que me sonó acompañada de la música que ponen en las películas para adornar las escenas de misterio; los demás, incluyendo al Coyotito, nos movimos nerviosos.

¿Por qué aquel malestar desconocido, mi amigo?, ahora lo sé, pero no en ese momento, la sensación se me colaba entre las piernas, no estaba seguro de que fuera únicamente por el miedo de ser atrapado, hoy puedo afirmar que se debía a la posibilidad de tener cerca a Margarita, cuyos pechos había logrado sentir cuando se juntaba a mí, la oportunidad de que en la oscuridad de las mazmorras, de los sótanos para que ella no dudara, pudiera meter mis manos debajo su falda, sentir los calzones y por qué no, tocar los vellos del pubis, la humedad que, dicen, tienen las mujeres en esos sitios.

Elda y Margarita fueron a tomar sus puestos, la fila era larga y ellas estaban por lo menos a veinticinco lugares del sitio de canje; las monjas risueñas contaban el efectivo y regresaban papeles sellados; el Coyotote no aceptó comentarios que reflejaran dudas, el que vacila se convierte en peligroso, los peligrosos se atorán, el que se atora se pierde, el que se pierde no gana y jode a los demás.

—Así que seguimos el plan como si fuera operación de comando en playas extranjeras —Miguel Ángel se veía más alto, seguro de su liderazgo.

Carmen ya se había perdido entre las luces de los puestos, ella era la que tenía en sus manos el corte de la luz, dijo que necesitaba por lo menos diez minutos para llegar al sitio del switch; mientras, nosotros tres, jefaturados, claro, por el Coyotote, estaríamos ya en la parte trasera del «Banco de la Ensoñación», el nombre que adornado con luces brillaba arriba de la entrada del local, y nosotros atrás, acechando, ya listos los tres, con el desarmador, una espátula grande y con un «exacto», que Margarita obtuvo de algún lugar cercano por el tiempo en que tardó en traerlos.

—La pared es así de gruesa —casi juntó sus dedos índice y gordo—, alguien con fuerza

la corta de un solo tajo —me lanzó una mirada que me jaloneó la piel.

¿Caray, y no sabe qué es una mazmorra?, casi dije en voz alta.

Cualquiera estaría nervioso de andar metido en esas danzas, mi amigo, pero en aquel momento las venas estaban a tope con la canícula que se fue acumulando por las historias de los sótanos, por la sencillez con que actuaban las muchachas, por las ganas de ser el que más osado le diera otros brillos a la kermés de la escuela Teresita del Niño Jesús.

... los demás no demuestran miedo, será que lo ocultan o no se los puedo ver, a lo mejor ellos piensan así de mí, pero el corazón me retumba, me pone frente al rostro gordo y rojizo de mi padre, los cabellos oscuros de mi madre, la mirada ceñuda de mi abuelo el arquitecto, los gritos de las monjas, la mirada acusadora de la gente, el olor de las patrullas policiacas, la barandilla en la comisaría, pero ya no es tiempo de echarme para atrás si Margarita dos veces, dos, me tomó la mano, sin soltarme me dijo que le encantaba mi nombre, y yo pensando en que mi mano no estuviera sudada, que los dedos de ella eran suavitos, también acercó su cara a la mía, en el antebrazo sentí sus pechos sólo separados por la tela del vestido, la del brasier, y ya, ahí estaba el goce, pegado a mí, mientras Carmen tomaba rumbo a la zona de control de luces y Margarita me dijo al oído que con dinero la noche iba a ser maravillosa.

¿Y no sabía que era una mazmorra?

El Coyotote llevaba el «exacto», el Chicharo la espátula, yo el desarmador, amarillo, por qué me fijé en el color, eso no lo sé, el pensamiento nunca corre a tenor de lo que uno quiera, nos mete en terrenos sin comprensión, a veces, en los peores momentos se piensa en asuntos que pueden ser risibles, ilógicos en comparación a los hechos reales que están sucediendo, y llegan también otros factores: los humores a frituras que envolvían la kermés, la música, mis calcetines que no me cambié en la mañana porque el color combinaba con el azul claro de mis pantalones; Margarita y Elda se formaron en la hilera, las dejamos de ver porque nosotros ya estábamos detrás del «Banco de la Ensoñación».

Para entonces pude sentir que mi atuendo se transformó en otro: traje negro a delgadas rayas blancas, usaba sombrero, el ala cubriendo mi rostro cuadrado, de bigote delgado, cabello ralo, mi olor era diferente, mis calcetines distintos, mis manos extrañas, las que a una seña del Coyotote —también supuse un cambio en él: más alto y grueso, vestido de larga chamarra de piel, una gorra sobre el semblante de ojos fríos— encajaron el desarmador para hacer un hoyo, otro más y otros dos por donde como flecha múltiple entrara y saliera la espátula del Chicharo, también diferente —vestido con una malla negra pegada al cuerpo—, y vi al «exacto» de Miguel Ángel dar tajarrazos hondos y largos y en ese momento se fue la luz, con las manos rompimos el cartón más delgado de lo que supusimos, así de este ancho, miro los

dedos de Carmen disminuir cualquier grosor que este cartoncillo no tenía, pinches monjas tan ahorrativas, y en la penumbra porque la oscuridad total no existe, vemos las cajas colocadas en la parte de atrás de las mesas ventanillas de canje y nos vamos metiendo en las bolsas los puños de vales, de dinero, diez, doce, quince segundos, y el Coyotote dice ya, y yo le contesto que ni madres, y tomo una caja y con ella en las manos acepto el ya de Miguel Ángel porque el Chícharo no estaba cerca y salimos por en medio de los agujeros, tan grandes que permitieron el paso de los dos y de la caja; con velocidad, entre las sombras, nos dirigimos al punto de encuentro; yo sentía que en cada tropiezo con alguna persona iba a ser detenido; por un momento pensé en tirar la caja y largarme a mi casa cuando la oscuridad se rompió al momento de refugiarnos bajo el árbol cerca de la entrada al puesto de casamientos, con la caja sirviendo de butaca y nosotros viendo el cielo como si un cometa nos estuviera alumbrando la escena.

Creo que esa sensación nunca la volví a tener en mi vida. El pujido en las tripas y las manos heladas, el sabor pegajoso en la boca, las imágenes de mí mismo metido en la parte trasera del Banco de la Ensoñación, con el fajo de dinero y vales, yo tan desvalido y al mismo tiempo con la posibilidad de ser tan dineroso como un Gulvequian mexicano, el miedo de ser atrapados, el picar en la nuca.

En los patios de la kermés, unas monjas corrían hacia los accesos de entrada y salida, otras rumbo a la dirección del colegio, la música se escuchaba mansa por los altavoces, las luces como si hubieran disminuido su intensidad, los olores escapados por arriba de las bardas que dividían el espacio de los patios y la calle.

El Chícharo fue el primero en llegar, iba sonriente —este cabrón no tiene miedo y yo me estoy muriendo, carajo—, hizo un movimiento para señalar lo abultado de su chamarra de mezclilla; después llegó Gonzalo, a cada momento se quitaba el cabello de los ojos, no preguntó nada porque se dio cuenta de la caja donde el Coyotote estaba sentado; en señal de triunfo, Gonzalo colocó el dedo gordo hacia arriba; las tres muchachas llegaron con tranquilidad, como si fueran gozando la fiesta, quizá a todos les retumbaran los pálpitos pero nadie lo hizo notar, ¿yo seré el único miedoso?, casi lo confirmé al escuchar la voz tranquila de Carmen.

—Tenemos unos minutos antes de que las monjas den la alarma, saquen lo de la caja —entre todos lo guardamos en nuestros bolsillos, Gonzalo pidió calma, el Chícharo señaló que nadie nos estaba mirando, el Coyotote gruñó porque de haber tenido más tiempo:

—Las hubiéramos dejado en la calle.

No quise decir que él había dado una orden que yo no acepté y por eso estaba ahí la caja ya vacía que Carmen ocultó en un bote de basura.

—¿Y si revisan las huellas? —alguien ¿yo, el Coyotito, Miguel Ángel o el Chícharo? preguntó.

—Ya no vean tantas películas —fue la respuesta de ¿quién de ellas?

En parejas, salvo Gonzalo que iba atrás, caminamos como si en verdad fuéramos esposos con anillo de latón y un certificado adornado con pichones de picos unidos; guiados por las muchachas, que seguían muy divertidas, llegamos a la sección cercana al edificio escolar, alto, amarilloso, de ventanas estrechas, pasillos largos, ¿por qué la gente recuerda pasajes que al parecer no tienen validez contra lo que se está sintiendo?

Qué demonios importaba si el edificio era verde o anaranjado, pero no, lo veo tal cual, con unos arcos sobre los pasillos, lucecitas en el segundo piso, escaleras que nos permitieron bajar hacia los ¿sótanos? hacia las ¿mazmorras?

Ni el verdadero Gulvequian pudiera llegar a sentir tal gozo: dinero en las manos y lo mejor, la cercana posibilidad de bañarnos en caricias; miré a Margarita que no me miró, mis antebrazos no tenían el poder para atraerla, era como si hubiéramos regresado al inicio de la noche y todas las promesas se convirtieran en sapos verdes, porque la caótica repartición del botín se dio en el final de la escalera, junto a unos baños, con el olor a miados y mierdas; ellas distribuyeron haciendo cálculos que yo a bien no entendí, buscaba los ojos de Margarita y ella en ningún momento me quiso ver, ni se acercó.

Carmen dijo que el broche de todo consistía en la discreción, por lo menos faltaban un par de horas para el cierre de la kermés, que gastáramos con prudencia, del efectivo cada uno dispondría como creyera pertinente pero que no fuéramos tan tontos de creer que a las monjas se les podían vencer dos veces.

—Seguro van a estar vigilando las salidas y del que sospechen, lo hunden —y terminó su perorata.

Sin más nos dejaron ahí, junto a los baños, que el Coyotote usó porque las aventuras le dan ganas de miar, después cada quien tomó sus decisiones, juntos llamaríamos más la atención, a mí los dineros y los vales me punzaban en las bolsas, entré a otro baño, lejano del primero, los amigos se escurrieron para rumbos diversos, por ahí nos encontraríamos y si agarran a uno, chin chin al que raje.

Yo guardé los billetes reales en los calcetines, hice cachitos la mitad de los vales, la otra mitad la puse en la bolsa de mi camisa, fui usando algunos para comprar quesadillas, competir en la tómbola y el tiro al blanco donde gané el oso de peluche, grande, con un listón amarillo en el cuello, y con él en las manos fui en busca de Margarita, no la vi, aunque por un momento creí descubrirla junto a la caseta de

matrimonios, entonces decidí lo pensado mientras distribuía el dinero: fui al Banco de la Ilusión, hice cola, fui jalando aire para hacer rítmica mi respiración, al estar frente a una de las monjas hice cara de compungido, los ojos lloriquientos y con mi oso como escudo para las tristezas.

—Sabe madre, es que mis papás me regañan si llego tarde, por favor ayúdeme, compré vales y ya no tengo tiempo de gastarlos.

De reojo, con mucho cuidado, miré el cartón de la pared trasera, ahora vigilada por una cuadrilla de monjas que con gesto agrio desparramaban la vista sobre todo aquel que se acercara a la pared con los agujeros medio tapados por papel de china.

—Válgame Dios, eso no es posible, hijito, las devoluciones están prohibidas, cada quien debe ser responsable de lo que adquiere.

Bajé la cabeza, poco a poco la fui levantando, los ojos dolidos, que no me gane el miedo, la gente tiene que saber poner cara de circunstancias.

—Ay madre, es que pues... ¿cómo decirle?... en la casa no estamos muy sobrados... ayúdeme, a mi familia le voy a dar una alegría si regreso con algo de dinero, sabe, mi papá es taxista.

—No hay profesión degradante, mijito, San José era carpintero.

—Sí madrecita, eso dice mi papá, pero el dinero nunca sobra.

De nuevo usé la mirada más triste, acaricié mi oso, la monja, con un letrero sobre el pecho con su nombre, Esperanza, insistió en que las utilidades se destinaban al beneficio estudiantil, yo supliqué mencionando los limitados recursos económicos de mi familia.

—Lo que puedo hacer, y sólo porque creo que eres un muchachito responsable, es darte la mitad por el valor de tus vales.

Le besé el anillo de casada que relucía en la mano blanca, me coloqué el dinero en la bolsa de la camisa; el otro, ya lo dije, estaba abajo de los calcetines de color igual a mis pantalones; sin soltar el oso de peluche de nuevo empecé a buscar a Margarita, no la vi, como sí de lejos a Gonzalo comprando, creo, chocolates, al Coyotote comiendo elotes, al Chicharo no lo descubrí.

Antes de llegar a la puerta de salida, el espasmo se repitió en el pecho, las antes risueñas monjas eran máscaras de kriptonita; sin hacer caso de las protestas, a cada persona le revisaban las bolsas o paquetes.

Yo llevaba el dinero en dos partes, uno dentro de los calcetines y el otro en el pecho, en la bolsa de la camisa, del lado del corazón.

Ánimo, ánimo, era la repetición mientras paso a paso avanzábamos en la fila y las protestas arreciaban.

Por ahí, débil, se logró escuchar un: pinches monjas, así les llamaba el Coyotote, ¿era él quien a lo lejos insultaba?

Algunas mamás se quejaban de lo que consideraban una ofensa, otras de plano se manifestaban preguntando si ¿acaso las creían contrabandistas? Por el contrario, unas más, como clarines de órdenes y las sonrisas congeladas, iban y venían detrás de las madres, ayudando, aplaudiendo lo que las monjitas hacían.

El caso es que el avance era lento, acuciosa la revisión, mis nervios subiendo de tono,

¿y si no me creen lo de la madre que me hizo el ajuste a su favor? Esperanza, es su nombre,

la calle a unos pasos y yo sudando,

¿y si tiro el dinero que traigo en el bolsillo?,

la voz del que parecía ser Coyotote, o que yo imaginaba en medio de mi miedo, pasó de insultar a las monjas a insultarme a mí:

Pendejo, entonces para que trabajaste tanto, si no quieres que te jodan, cuélgate de la monja Esperanza, no digas del asalto, si te aflojas y vas de chismoso, te chingas tú y se chingan los demás.

Después escuché algo que me llamó mucho la atención, el Coyotote, con esa su voz rasposa y lépera me dijo:

Fíjate qué extraño, los que andamos huyendo somos los puros varones, a ver, ¿por qué?

Era cierto lo que Miguel Ángel o su voz o su recuerdo o mi imaginación estaban diciendo:

¿Tú crees que eran verdaderos los nombres de las pinches muchachas?, uh, para encontrarlas, además tú diste un nombre falso, van a decir que todo estaba planeado desde el principio, ¿y las armas? a ver de dónde sacamos los instrumentos, nos van a acusar que los traíamos de la calle, premeditación, premeditación, pinche premeditación, pandillas organizadas.

Seguía oyendo la voz rasposa del Coyotote, ¿estaría entre la gente de atrás de la hilera? No quise volver la cara para no dar la sensación de miedo o de nervios.

Las monjas guardianas de frontera me deben ver sereno pero con ganas de irme, a nadie le gusta perder tiempo en una fila, el sudor se metía en mis ojos cuando llegamos a la puerta, una monja bigotuda me miró como tasando cada centímetro, yo con los ojos al frente, sin hacerlos rabiosos, cándidos, sorprendidos, los ojos hablan, no sólo dicen secretos, también pueden maquillar mentiras, los pálpitos bajaron de intensidad, como si gozaran con el miedo de cruzar el último cabello de un bigote en rostro femenino, pero éste era real, no el maquillaje de las chicas que casaban en la kermés, la monja no me tocó, pocas preguntas, quizá me viera con lástima.

Me hizo un ademán para que me detuviera,

ya me jodieron, pensé de inmediato,

pero la monja hizo otro movimiento, con rapidez me quitó el oso de las manos y se cebó en su revisado de arriba a bajo, le hincó las garras como si lo quisiera estrangular, le quitó los ojos, le picó la cola, le exprimió las tripas,

si algo me dice le digo que llame a la monjita Esperanza,

... y recé sabiendo que era difícil que del cielo me perdonaran después de lo del Banco de la Ensoñación.

Clarito sentí que el tiempo se detenía, yo estaba estático con el oso roto en mis manos, de nuevo recé y como acto de magia, la irritación de la monja se trasladó al siguiente atrás de mí, al que no le quise ver la cara,

¿sería alguno de los amigos?,

¿qué estarían haciendo?

La anchura de la calle abierta me alegró tanto como trago de agua después de un partido de fut, caminé sin prisa,

¿dónde estarían los otros?,

¿ya habrán salido?,

¿qué estarán haciendo?,

Me los imaginé tan diferentes, de la misma forma en que cada uno gozara con la

kermés, pero eso sería distinto de esto que tuvo el valor que cada tiempo posee en la vida, inclusive ésta, en que por unos momentos fui dueño del mundo y que terminó cuando en la acera tiré el despanzurrado oso de peluche, y a pie, claro, me fui a casa pensando:

Sí, mi amigo, la vida es muy azarosa y uno es navío en aguas bravas, la oscuridad de los divorcios cuesta, quien no lo crea que los nostalgic, como yo, al seguir pensando en que lo mejor hubiera sido festinar esto en la oscuridad de un calabozo para por primera vez enseñarle a Margarita, y enseñarme a mí, para qué podría servir una mazmorra aunque no existiera.